

en las cosas pequeñas como en las grandes; el más brillante representante de la dignidad soberana, y, a pesar de ello, no fué un soberano, porque carecía del dominio de sí mismo, del equilibrio interior entre espíritu y voluntad, fantasía e intelecto, de constancia volitiva y de seguro golpe de vista para la realidad.

Su elevación a rey equivalió a una verdadera abdicación del anciano emperador, por cuanto Maximiliano tomó en sus manos inmediatamente las riendas de los negocios del Reich. Llevó a cabo también la reconquista de Austria, apenas se lo permitieron las condiciones de los Países Bajos, y el fallecimiento de Matías, que no dejó descendientes (6 de abril de 1490) le ofreció la oportunidad. Mas, no pudo lograrlo. Los húngaros no se dejaron convencer y no reconocieron el pacto hereditario de 1463, por el que, en realidad, Maximiliano hubiera debido convertirse en rey de Hungría, la que eligió como soberano al rey polaco de Bohemia, Ladislao. Austria hubo de conformarse con el hecho de que en el este se erigiera frente a ella una doble potencia bohemio-húngara, apoyada, como "segundogenitura" de los Jagelones, dinástica y políticamente, en el sostén del reino de la Gran Polonia, que abarcaba en ese momento, además de Polonia, Lituania y la Rusia Blanca, también a Prusia, Galitzia y Ucrania, esa máxima Polonia de mar a mar, que muchos polacos de hoy entrevén nuevamente como finalidad y deber.

Maximiliano no empezó en serio la lucha contra esta formidable coalición de estados vecinos, que, por supuesto, representó siempre para Austria una gravísima amenaza, ni cuando en el año 1493, por la muerte del padre, se convirtió en dueño de las tierras heredadas. Más bien continuó en el este la política del padre, tendiente a las alianzas y al emparentamiento hereditario. Después de

largas oscilaciones, la llevó a la realidad en 1515. El antiguo pacto de herencia fué renovado por Hungría y Bohemia y apoyado en un doble matrimonio: Ludovico, el príncipe heredero de la corona húngara y bohemia, se casó con María, la nieta del emperador, cuyo nieto Fernando, en cambio, desposó a Ana, hija del rey de Bohemia.

Maximiliano estaba decidido a una prudente moderación en el este, porque todos sus pensamientos estaban puestos en el frente occidental, en la lucha contra Francia. Con todos los recursos, con todas las artes de las armas y de la diplomacia, la llevó a cabo, declaró guerras y cerró pactos, anuló tratados y de nuevo volvió a guerrear, siempre con la única aspiración de impedir que Francia se tornase más poderosa, porque, de ser más fuerte, hubiera pretendido apoderarse, no cabe duda, de la herencia borgoñona de su casa. A ello se debió que se opusiera a los franceses cuando en el año 1494 emprendieron la empresa de someter a Italia.

En este año, como todos saben, comienza el período de las reiteradas campañas por la posesión de la península, que dominaba el comercio en el Mediterráneo y por lo mismo, la todavía más importante vía mercante de aquel tiempo. No es necesario seguir aquí paso a paso estos intrincados acontecimientos político-militares. Tan enmarañada es la complejidad del cuadro y tan simples son los contornos del mismo, por lo que se refiere a la participación de Maximiliano. Si hoy se une a los estados italianos para expulsar a los franceses y combate a estos últimos con soldados alemanes por dinero italiano en Toscana, para entenderse mañana tal vez con los mismos a costa de los italianos; si un día proclama con sonoras palabras la reconstitución de la soberanía imperial ale-

mana en Roma y al día siguiente en cambio declara la guerra a Venecia para adueñarse de los dominios de la República en el continente, corre sin embargo a través de todas estas contradicciones y tergiversaciones un pensamiento directivo: impedir que los franceses se conviertan en únicos señores de Italia, porque, en tal situación y en poder del predominio ganado, hubieran ejercido una presión insoportable sobre las tierras hereditarias austríacas en el Tirol y en Flandes. Solamente en los medios vaciló el emperador. Cuando pareció factible echar totalmente de Italia a los franceses, tomó parte en la guerra; cuando esta posibilidad desapareció, entonces buscó un entendimiento con el adversario, para lograr, por lo menos, una participación en el botín y asegurarse la mejor parte posible del mismo.

Pero, con todos sus esfuerzos, no logró otra cosa que dejar a los franceses dueños en Milán y en la Italia superior, a los españoles en Nápoles y en el sur. Él mismo salió de la empresa con las manos vacías y hubiera tenido que confesarse que la obra de toda su vida había favorecido sólo a los demás, si la suerte no le hubiera deparado en último momento la fortuna de que su sucesor pudiera heredar a sus rivales, frente a cuyo predominio él mismo debió ceder permanentemente.

El 23 de enero de 1516 falleció Fernando el Católico, el primer soberano de la totalidad de los reinos españoles de Aragón y de Castilla. Su heredero fué Carlos, nieto del emperador, y que desde la muerte (1506) de su padre Felipe (1) gobernaba los Países Bajos. Las casualidades de nacimiento y de muertes abrieron al joven Habsburgo el camino al trono de un imperio, que junto con España y Ná-

(1) Felipe el Hermoso, casado con la hija de los Reyes Católicos, Doña Juana la Loca. (N. del T.)

poles comprendía las fabulosas tierras del oro, recién descubiertas al otro lado del océano. Agréguese a ello el estado borgoñón y los dominios hereditarios de los Habsburgo en Alemania, reunidos en una sola mano desde el año 1491 a la extinción de la última línea colateral (del Tirol). Al desaparecer del escenario del mundo, el emperador dejaba a su nieto un imperio como el mundo no había visto otro igual.

Para ello faltaba solamente preparar un paso: Carlos debía ser emperador alemán; era una necesidad, si sus dominios habían de quedar intactos. En efecto, dado el caso de que el monarca del Reich alemán fuera otro, podía, a pesar de no tener mayor influencia en Alemania, tornarse altamente peligroso en unión con Francia, la perpetua enemiga; por lo menos, estorbar las comunicaciones entre territorios tan dispersos, o caer sobre la retaguardia de los Países Bajos o tal vez de Austria. La dignidad imperial, por sí sola constituía el lazo de unión entre los miembros diseminados del nuevo imperio mundial de los Habsburgo; debía ser alcanzada para permitir su existencia.

Maximiliano no logró este propósito. Murió en enero de 1519, antes de que fuera asegurada la elección de Carlos como emperador. Sus consejeros y los del nieto debían completar la obra. Todos conocen lo que aconteció; podemos, por lo tanto, limitarnos a una breve exposición.

La política francesa, ante el peligro que significaba para Francia la elección de Carlos —un acorralamiento por la potencia rival—, se decidió a presentar a su propio rey como candidato. Los príncipes electores debían ser sobornados con dinero y sonoras palabras. Aceptaron las dos cosas. Pero también los embajadores de Carlos pagaron y prometieron, y además podían amenazar, porque

tenían listos los soldados. Maximiliano se había creado en Alemania un fuerte y sólido partido, cuyo núcleo central estaba formado por la Liga Suaba, la única organización alemana eficaz, la única fuerza que contaba siempre con una tropa lista en todo momento para operar. Precisamente en este instante la Liga había dado la pauta de su potencia eliminando al duque Ulrico de Württemberg, cuyo territorio fué tomado en administración por la Liga, para luego ser incorporado a las posesiones de los Habsburgo. Ese ejército victorioso estaba listo también para otras finalidades.

Bajo esta presión militar, en junio del año 1519 la elección fué resuelta en Francfort. Si por un instante pareció que de ella podía salir electo el francés, no fué más que una ilusión. La elección de Carlos estaba asegurada de antemano. Hubo una sola posibilidad de impedirlo: hallar un tercer candidato, un candidato neutral. Pero no se halló. El único que hubiera podido serlo, Federico el Sabio, de Sajonia, se negó. "Prefería ser un duque poderoso y no un rey débil". Se le ha hecho a menudo reproche de cobardía, pero en realidad fué por parte de él una clara comprensión, pues le faltaban, además de la ambición, otras cualidades indispensables para mantenerse como emperador. ¿Qué papel hubiera podido representar entre Austria y Francia? Hubiera llegado a ser muy pronto un subordinado de los franceses y, en consecuencia, la lucha de las grandes potencias europeas se hubiera librado en suelo alemán, como realmente aconteció un siglo más tarde. Por lo menos, se evitó esto al proclamar los electores a Carlos de España como emperador romano el 28 de junio de 1519.

Pero no puede haber la menor duda de que esta elección significaba para Alemania una gran desgracia. Todo el mundo sabía que contenía en germen la declaración

de guerra del Reich a Francia. El programa de la política hispano-borgoñona era conocido. De la parte borgoñona tendía a las conquistas esperadas, Picardía y Borgoña, vale decir a la destrucción de la unidad del estado francés. Y aun cuando se hubiera renunciado a ello, la finalidad de la parte española era Milán, es decir, la destrucción del predominio francés en Europa. Tolerar a los franceses en Milán y en Génova era a la larga imposible para el rey español de Nápoles, ya que, a causa de ella, no se hallaba seguro en su propio trono, y como emperador romano lograba un título jurídico sobre Milán, que era un ducado del imperio romano.

Maximiliano se había esforzado durante toda su vida en arrastrar al Reich alemán en su campaña contra Francia. No lo logró nunca del todo. En el Reich, sus estados, tanto príncipes como ciudades, no tenían ningún interés en estos problemas. Veían solamente las cargas financieras que debían salir de la guerra en forma de contribuciones, pero no veían ninguna ganancia para ellos. Hubiera sido también muy difícil demostrar qué ganaría el duque de Sajonia o el de Baviera o la ciudad de Francfort con que el emperador lograra Picardía o Borgoña, obligara a los franceses a evacuar a Milán o se apoderara del "hinterland" veneciano. Maximiliano indicaba —y lo repitió con el ardor de su brillante oratoria— que importaba asegurar a la nación alemana su rango entre los pueblos, defender su antiguo derecho, que los galos le querían arrancar. Se refería al imperio, hacia el cual extendían la mano los franceses. Pero sólo tibios oyentes halló entre los príncipes. En las más profundas capas del pueblo pudo tributársele el aplauso; el eco faltó en los círculos políticos, en las cortes y en los consejos.

Los críticos más recientes se han dividido. Algunos

toman partido por el emperador y censuran a los príncipes por haber descuidado, por egoísmo, los intereses nacionales. Maximiliano es para ellos la encarnación del pensamiento nacional en política exterior. Los otros dan la razón a los adversarios y discuten la facultad del emperador para hablar en nombre de postulados nacionales, por cuanto estos axiomas no fueron en su boca más que un pretexto para cubrir sus aspiraciones dinásticas, netamente egoístas. Los segundos tienen, sin discusión alguna, la razón en cuanto no puede considerarse a Maximiliano I como un soberano de sentido nacional alemán. Éste comprendió muy bien —¡cuánto comprendía este bien dotado varón, irregular e inconsistente en su fibra íntima!— el modo de hacerse popular en Alemania, con los alemanes, pero no era alemán. En su trato familiar hablaba y escribía solamente en francés; se hallaba mejor entre los nobles borgoñones y valones de los Países Bajos que en cualquier otra parte, y a veces se le escapaba una expresión despectiva para estos tudescos tontos como ganado (*questi bestiali tedeschi*). Tampoco su política tuvo nunca en cuenta los intereses del pueblo alemán, cuando se trataba de ventajas para la casa de Habsburgo.

Dió la prueba de ello en el arreglo con Polonia, Hungría y Bohemia en 1515. Sacrificó los derechos nacionales para abrir una posibilidad de ganancia a su dinastía. Todavía el emperador y el Reich no habían reconocido la paz de Thorn, por la que quedaban sometidas a Polonia la Orden Teutónica y Prusia. Sin la aprobación del Reich, esta paz continuaba siendo impugnable. Maximiliano la otorgó en el año 1515, cuando quiso asegurar para sí y para sus sucesores los derechos hereditarios sobre Hungría y Bohemia. Nada más cierto que el hecho de que el emperador tremolaba la bandera de la nación alemana y

del imperio romano únicamente cuando, cual manto encubridor de sus particulares intereses dinásticos, le prestaba buenos servicios. A lo sumo cabe preguntarse si el engrandecimiento de la casa imperial no favoreció, por sí mismo, al Reich y a la nación.

Tampoco comprendían esto los estados del Reich. Y desde su punto de vista, con toda razón. ¿Qué les importaba una mayor potencia del Reich? Ésta hubiera debido pagarse con el sacrificio de su propio dinero y de su propio poder, ya que una cosa era cierta sobre todo: si el Reich se fortalecía más, el emperador ganaría un predominio sobre los príncipes, que se hallaba en contradicción con el derecho vigente y con todas sus tradiciones. Fácilmente se comprende que los príncipes no quisieran prestarse a ello.

Podemos, pues, preguntar con razón: ¿hubiera sido realmente ventajosa para Alemania la realización de los propósitos de Maximiliano? ¿Lo habría sido, si el estado borgoñón hubiera recobrado su extensión anterior y el emperador hubiera tomado posesión permanente del territorio de Venecia? Esta dinastía, tan cosmopolita que apenas podía contarse ya entre los alemanes, poseyendo otros países no-alemanes, franceses e italianos, ¿hubiera apreciado, o hubiera podido apreciar, a Alemania en sí misma, o, más bien, no hubiera pospuesto de nuevo los intereses nacionales del país como otras veces —cual lo hizo Maximiliano en 1515—, a sus fines particulares y a sus aspiraciones internacionales?

Por eso no sólo se logra comprender como subjetivamente fundada la actitud vacilante y negativa de los estados del Reich frente a la presión del emperador, sino que no se le puede negar cierta justificación objetiva.

Ahora bien, con la elección del año 1519, había acon-

tecido infinitamente más de lo que Maximiliano había ambicionado: la corona alemana había sido entregada a un soberano que podía ver en Alemania sólo un país secundario, importante por su situación geográfica como lazo de unión entre sus posesiones separadas y como campo de despliegue militar para la guerra contra Francia; precioso por los soldados que podía ofrecer, pero condenado a un papel subalterno en lo demás, comparado con los países principales, España, los Países Bajos e Italia. Y ese monarca disponía además de un poder que podía tornarse realmente peligroso. Si ya se habían rebelado contra el abuelo, porque amenazaba con llegar a ser demasiado autónomo, ¿qué no debía acontecer con el nieto, que, en caso de necesidad, podía hacer valer en Alemania y contra Alemania sus tropas españolas y su dinero neerlandés? No se trataba de un espectro fantástico, ya que se veía surgir en el horizonte, el peligro, para el Reich alemán acostumbrado a la libertad, de un régimen extranjero arbitrario.

Los príncipes electores deben de haberlo presentado claramente, porque trataron de protegerse contra la amenaza; pero solamente de la manera ingenua a que acude siempre el simple burgués cuando se extravía en la alta política: con un documento. Quisieron atar las manos al nuevo emperador con una capitulación electoral, por la que prometía respetar todos los derechos y privilegios, encauzar su gobierno y, sobre todo, su política exterior de acuerdo con el consejo de los electores, fijar su residencia en Alemania, no convocar a una Dieta del Reich fuera de Alemania, no citar nunca a juicio fuera del país, emplear oficialmente sólo los idiomas alemán y latín, no traer al Reich tropas extranjeras, no complicar al Reich en guerras extrañas y, finalmente, constituir "un ré-